



"Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2012)"

- Eje temático: Política

- Título del trabajo: El peronismo cordobés al iniciar los 90. Fragmentación interna y consolidación neoliberal.

- Nombre y pertenencia institucional del o los autores: Juan Manuel Reynares (CEA, UNC – Conicet)

- Dirección electrónica: juanmanuelreynares@hotmail.com



El peronismo cordobés al iniciar los 90. Fragmentación interna y consolidación neoliberal

Juan Manuel Reynares (CEA, UNC – Conicet)

Introducción

Los procesos políticos contemporáneos en la Argentina han sido analizados, en la generalidad de los casos, desde una perspectiva nacional. Así, por ejemplo, el estudio del neoliberalismo adquirió límites precisos con las primeras medidas del gobierno nacional de Menem,¹ mientras que, en términos similares, el PJ se adaptó al cambio contextual en todo el país.² Sin embargo, es poca la atención que ha suscitado el análisis de las transformaciones de los actores políticos en espacios subnacionales, en procesos como la consolidación del neoliberalismo, que generó profundos efectos en la sociedad argentina. Si nos detenemos en algunas de estas dinámicas políticas provinciales podremos notar los matices y pliegues con que este proceso se llevó adelante. Precisamente, aquí nos abocamos a un caso subnacional, el peronismo de Córdoba, a partir de su dimensión ideológica³ para contribuir a una comprensión más integral de las líneas de ruptura y continuidad políticas en las últimas décadas del siglo XX y primera del XXI. En este caso en particular, nos detenemos entre 1988 y principios de 1991, esto es, entre la victoria de Carlos Menem a nivel nacional, y la promulgación de la Ley de Convertibilidad, que vino a morigerar drásticamente los efectos de la inflación y la inestabilidad económica del país.

El objetivo de este trabajo es analizar un proceso que conjuga dos movimientos concomitantes. Por un lado la consolidación hegemónica del neoliberalismo, lo que en

¹ Para una lectura paradigmática de la perspectiva nacional de este fenómeno, véase AA. VV., *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995.

² Levitsky, Steven, *La transformación del peronismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983 – 1999*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005.

³ La ideología se comprende como la superficie discursiva que vuelve posible una cierta articulación identitaria en un ejercicio de sobredeterminación (Laclau, 2006). Existen aportes al análisis de identidades políticas, por ejemplo, en Aboy Carlés (2001, 2010) o Panizza (2002 y 2004). Lo que debemos rescatar aquí es que la dimensión ideológica atraviesa constitutivamente a los actores políticos – institucionales, dejando de lado cualquier uso accesorio u exterior a la estrategia institucional o a la enunciación de los dirigentes políticos.



nuestras palabras supone que una determinada lógica social⁴ se constituya como la superficie de inscripción de una serie de demandas, prácticas y propuestas políticas consideradas válidas. Por el otro, la disputa interna del peronismo cordobés entre diversos sectores por la representación partidaria, lo que dio lugar a una línea política⁵ que no permitía delimitar con precisión la dirección del actor político. En este sentido, aunando ambas dimensiones, podremos observar cómo la discusión en torno a la representación partidaria funcionó como un abanico de puntos de contacto entre distintas identidades en formación, bajo la articulación del neoliberalismo.

A partir de estas nociones, analizaremos en primer lugar los efectos organizativos de la victoria menemista y sus primeras medidas en la gestión nacional. Allí nos detendremos en una discusión entre la línea renovadora dirigente en el peronismo cordobés, y algunos sectores “ultramenemistas”. Planteamos que aún podía observarse una diferencia entre sendas posturas en torno a la caracterización de la política como discusión o bien como gestión. Pero ambas semantizaciones de la política se erigían en el trasfondo de la necesidad de reformas estructurales de la economía argentina. Esto último se vuelve patente al detenernos en la propuesta del máximo dirigente del peronismo cordobés, J. M. De la Sota. Sostenemos que sus palabras apuntaban a defender el disenso partidario interno, al mismo tiempo que buscaban un consenso difuso entre los distintos actores políticos a partir de la aceptación de cambios profundos en la sociedad y economía cordobesas y argentinas. En segundo lugar, nos interesa remarcar las articulaciones significativas que comienzan a entablarse entre distintos dirigentes del peronismo cordobés opositores al peronismo

⁴ Estudiar una lógica social (Glynos y Howarth, 2003) implica caracterizar el patrón integral de una práctica discursiva. Sin embargo esta coherencia que informa a las prácticas, y que señala un criterio de visibilidad e invisibilidad al interior del espacio social, no es garantizada por un sujeto extradiscursivo, ni se logra con la simple enumeración de las reglas que subsumen todas las instancias de una práctica proveyendo una rígida definición de su patrón. Esta regla que señala, e instituye, una regularidad no está reificada en entidades que subsumen prácticas y discursos. Ahí asume su importancia la noción wittgensteiniana de *gramática*: no está separada de, ni suspendida en, los contextos empíricos en que funciona, sino que es indistinguible en última instancia de los juegos de lenguaje y las circunstancias dentro de las cuales subsiste.

⁵ Las transformaciones de la identidad peronista son analizadas en la enunciación de sus principales dirigentes como representantes, performativos, de su línea política, es decir, el relato sobre lo que sucede y lo que se proponen hacer a partir de ese diagnóstico, en una coyuntura de relativa duración, de manera tal de adquirir legitimidad como dirigentes, y poder ser considerados como representantes de la identidad colectiva. Esa línea política, y sobre todo su efectividad, es el resultado de los efectos que la sobredeterminación hegemónica tiene sobre la institución partidaria, ofreciéndose como una interpretación constitutiva del sentido que ese actor político posee en un escenario político determinado. Es parte de una gramática habilitante a la que contribuye, al mismo tiempo, a consolidar y tensionar.



renovador y otras personalidades públicas, como técnicos economistas o dirigentes de partidos menores. Nuestro análisis sobre ciertos significantes, como *pragmatismo* o *reforma del Estado*, permite construir cierta inteligibilidad sobre el plexo de sentido que sostuvo las transformaciones del peronismo cordobés durante la década de los 90.

Diferencias internas frente a la “exigencia de la hora”

En 1988, el Partido Justicialista (PJ) de Córdoba era dirigido por la línea renovadora, bajo la figura de José Manuel De la Sota. Si bien éste había acompañado a Antonio Cafiero en las internas nacionales en que resultaron perdedores ante la fórmula de Menem – Duhalde, había logrado conservar la superioridad electoral en la provincia. La victoria de Menem en las elecciones generales de 1989 estableció así una tensión entre la línea provincial renovadora y el sector menemista,⁶ por lo que los mensajes del presidente del PJ provincial basculaban entre el apoyo partidario a Menem y la reivindicación de un espacio de libertad interna:

Asumo la responsabilidad de mantener un peronismo unido, unido en su diversidad, en el respeto, sin que haya aquí obediencia debida. Aquí todos los peronistas tienen derecho a decir lo que piensan aunque no le guste a algún dirigente que transitoriamente esté al frente del partido (LV, 15.10.89, p. 6 A).

La presencia de un relato renovador, defensor de la democracia interna al igual que de la institucionalidad democrática como pilar del crecimiento de la sociedad argentina, seguía presente en la enunciación del portavoz peronista.⁷ Pero la victoria menemista colocaba a la línea política del PJ cordobés en una posición ambigua entre la defensa del gobierno nacional —por motivos de lealtad y unidad partidaria como componente identitario que ha atravesado al peronismo— y el llamado a preservar un espacio donde se expresen diferencias internas, como garantía de desarrollo democrático.

⁶ Existen varios análisis sobre la conformación del menemismo a partir de su diferenciación de la línea renovadora que había contribuido a fundar. Entre ellos: Aboy Carlés, 2001; Barros, 2002; Altamirano, 2005.

⁷ De la Sota se convirtió en el principal dirigente del peronismo cordobés entre 1986 y 1987, representando a la Renovación Peronista y un discurso defensor de la institucionalidad democrática. Al interior del PJ, realizó una autocrítica con respecto a los responsables de la derrota de 1983, e intentó resignificar ciertos conceptos centrales para la tradición peronista, como el verticalismo, el tercio sindical, y la relación entre el partido y el movimiento. La principal propuesta era la de realizar elecciones internas para la definición de la dirigencia partidaria y las candidaturas. Se jerarquizó la figura del partido como actor central para la estabilidad democrática dentro de una sociedad pluralista. Allí se observa la capacidad articuladora del discurso alfonsinista, que había logrado hegemonizar una serie de demandas de la sociedad argentina luego de la dictadura, bajo el significante vacío de la ‘democracia’ (Reynares, 2012).



Precisamente, estas diferencias partidarias aumentaron dejando ver contrastes políticos profundos. A principios del 90, un grupo de ocho diputados nacionales peronistas comenzó a desarrollar una fuerte crítica a la política económica, social y militar del gobierno menemista. Ello conllevó una fuerte discusión interna sobre las posibles líneas de acción que debía tomar el Partido Justicialista. La posición del presidente del Consejo Nacional, máxima autoridad partidaria, Antonio Cafiero, fue la de dar lugar al disenso interno, sin echarlos del partido, planteando la necesidad de un partido rico en discusión y ejemplo de democracia interna.

En Córdoba, las repercusiones de este caso fueron importantes para ver las tensiones que se generaban entre la dirección provincial y los sectores menemistas. Maqueda y Blanco, dos diputados provinciales exponentes de la línea renovadora, consideraban que era factible dudar

respecto al diagnóstico de la crisis... (por ser) de neto corte monetarista y liberal, que centra sus soluciones en políticas financieras y no de producción... la alianza del gobierno nacional con algunos sectores liberales y conservadores, ante la falta de debate previo, ha producido una crisis de identidad en el peronismo... Defendemos el derecho a disentir como lo hacen los diputados nacionales del llamado 'Grupo de los Ocho', más allá de compartir o no sus expresiones, máxime cuando las políticas que se están implementando no figuran en la plataforma electoral ni fueron votadas el 14 de mayo de 1989... (es preocupante) la escasa política para el sector público, pretendiendo que ésta radique solamente en privatizar, cuando el problema es más amplio e integral... (nos preocupa) el avance de sectores autoritarios, lo que debe llevarnos a fortalecer el frente democrático, bajo la convicción de que, lejos del facilismo, la democracia, la libertad y el crecimiento son difíciles, pero son la única alternativa de la humanidad... Nuestra apuesta debe ir dirigida a la producción y el trabajo, fortificando el salario como instrumento dinamizador de la economía y base de la justicia social, orientando el esfuerzo hacia una política de crédito en relación al desarrollo, con un Estado redimensionado que sea el medio eficiente para lograr esos objetivos" (LV, 08.02.1990, p. 5 A).

Finalmente, el texto se vuelve crítico con algunas líneas internas del peronismo local:

(deploramos) la actitud de algunos sectores, que entienden que apoyar al Presidente significa ser obsecuentes y callan *verdades que el pueblo nos grita en las calles*, instaurando un estilo de complicidad con los errores que no se compadecen con nuestra mejor historia, con nuestro compromiso militante ni con la sociedad sincerada, abierta, transparente y pluralista que pretendemos conseguir" (idem. *Cursivas agregadas*).

A lo largo de este escrito, se cruzan diversas tramas de sentido en un movimiento propio de un momento de transformaciones bruscas en el escenario político. Antes que una ruptura frontal o definitiva, las disputas internas estaban teñidas por la conflictividad del devenir de identidades irreductiblemente abiertas. Eran momentos de incertidumbre en que una pluralidad de principios de lectura competía por articular sentidos legítimos dentro del



espacio público.⁸ Precisamente, *en la ambigüedad del uso de ciertas palabras durante algunos períodos históricos podemos analizar toda la complejidad de la transición entre un discurso hegemónico y otro en un escenario político altamente institucionalizado.*⁹

Deteniéndonos en la manifestación de los diputados provinciales renovadores, el problema interno se derivaba, más que de las decisiones de la gestión en sí, de la modalidad que ha seguido, es decir, de la ausencia de discusión política anterior. Ante ello, la postura renovadora implicaba defender el disenso sin inmiscuirse en los contenidos de la falta de acuerdo dentro del partido. Ahora bien, cuando los autores expresan su postura comienzan a enhebrarse, por decirlo así, diversas trazas identitarias del peronismo entre el proyecto renovador y su tradición popular. La privatización no suponía un error, sino una insuficiencia en dos dimensiones: debe acompañarse de una política para el sector público, como así también de una defensa más activa de la democracia. Al mismo tiempo, el reforzamiento del salario y por lo tanto del consumo, y los sectores trabajadores, precisaba ser complementado con una reforma estatal que significase una mayor eficiencia en su labor. El refuerzo de la institucionalidad democrática permite articular una serie de significantes propios del discurso alfonsinista de mediados de la década pasada, pero emerge allí un elemento innegociable, la reforma del Estado en pos de su mayor eficiencia y productividad.

Es hacia el final del escrito donde es posible vislumbrar la disputa hacia adentro del peronismo provincial. Lo que se ponía en juego era qué implicaba apoyar a Menem. Los renovadores presentaban por la negativa una versión normativa del peronismo: representativo de las demandas populares, crítico y democrático. Insertaban esa imagen en la tradición peronista, matizada desde ya por la interpretación renovadora en su vertiente

⁸ A partir de los aportes teóricos de E. Laclau, se han desarrollado numerosos análisis sobre las identidades políticas. Aboy Carlés (2010) cuestiona el tratamiento que realiza Laclau considerando que “las identidades son más generalmente *manchas superpuestas que regimientos enfrentados*, donde la lucha política es antes la reapropiación para el propio campo identitario de momentos articulados en otros campos que la disputa por un espacio de neutrales. *Las pertenencias identitarias son múltiples y los conflictos que sobredeterminan la primacía en el ordenamiento de los campos de disputa, su jerarquización, también lo son*” (2010: 4. Cursivas agregadas).

⁹ Cualquier esquema categorial que pretenda estudiar la identidad de un partido en un sistema político como el argentino en 1990, debe tener en cuenta no sólo los procesos de hibridación, evitando así hablar de cambios paradigmáticos radicales, o dislocaciones tajantes, sino también las instituciones, las limitaciones que proveen para la articulación política, y su apertura a la sobredeterminación hegemónica.



democrática. Nuevamente las trazas identitarias del peronismo se volvían explícitas alrededor de la representatividad territorial, ya que la posibilidad de disentir y marcar diferencias políticas estaba dada por la capacidad de estos dirigentes para representar la palabra de los peronistas en los barrios. Aquello que era gritado en las calles debía ser trasladado a la esfera pública, en pos de una sociedad que desconocía, en última instancia, la necesidad del conflicto, es decir, una sociedad transparente. Aquí se ponen en juego distintas nociones sobre el peronismo, entre la crítica y la complicidad, ya que serán las voces más representativas del sector popular aquellas que asuman la tarea de rearticular la identidad de este actor político en tiempos de crisis.

Las críticas planteadas por “el grupo de los 8” encontraron resistencia en otros sectores internos del peronismo cordobés. Alarcia¹⁰ consideraba como “grupúsculo altamente intelectualizado y de escasa representatividad social” (LV, 08.02.90, p. 5 A) a los diputados críticos, y exigía a las autoridades partidarias que se les impartieran medidas disciplinarias. Generalmente, esta escasa representatividad social era planteada como crítica para aquellos peronistas ‘de saco y corbata’, para los renovadores que no poseen la práctica, encarnada en la sedimentación peronista, de visitar “los barrios carenciados de la provincia” (LV, 09.02.90, p. 4 A). El peronismo era semantizado de manera tradicional en torno a la imagen de aquél que caminaba las calles, que conocía a los humildes, que solucionaba sus demandas. Ésa es la “concepción ideológica y doctrinaria netamente peronista” (ídem) que sustentaba, en palabras de Alarcia, la gestión *peronista* de Menem. La única posibilidad de representatividad social estaba entonces en la militancia barrial, territorial, que se volvía así pasible de ser articulada al interior de un discurso hegemónico de desregulación y apertura económica.

Esta postura consideraba que el peronista *verdadero* seguiría recorriendo los barrios y solucionando los problemas de desempleo y precarización social que resultaran de las medidas neoliberales. Existe así una dimensión tradicional del peronismo como solucionador local de problemas sociales, que no se veía amenazada por la contaminación

¹⁰ Marta Casari de Alarcia conducía un sector interno que había defendido la candidatura presidencial de Menem desde mediados de los 80 y representaba la postura considerada “ultramenemista”.



identitaria entre peronismo y neoliberalismo.¹¹ Ella es la condición de posibilidad para que los sectores internos del peronismo cordobés que defendían la gestión menemista pudieran erigirse en guardianes de la doctrina y criticaran los renovadores críticos por no representar a la sociedad.

Entre los renovadores y los menemistas la discusión por la legitimidad de la representación partidaria tenía que ver entonces con qué implicaba “ser peronista”. Una identidad supone un elemento abierto en relación a otros en el marco parcialmente suturado de un discurso político, por lo que *la verdadera caracterización del peronismo no implica el descubrimiento de una esencia, sino la efectividad de su articulación en un contexto de sobredeterminación hegemónica*. Precisamente, la consideración del peronismo como mero “solucionador de problemas” permitía una articulación política proliferante. La renovación supuso un distanciamiento de esa significación del militante y del dirigente peronista, para situar la característica peronista en la posibilidad de disenso interno en los espacios institucionales del Estado. Si uno de esos sectores era representativo por su contacto inmediato con el pueblo, el otro era capaz de representar porque cargaba con la posibilidad de disentir democráticamente. En última instancia la idea de política como gestión se enfrentaba con la política como discusión. Pero ya en ese momento ninguna de ellas desconocía el carácter necesario de una reforma estatal que tornara eficiente a la administración.

Los efectos del menemismo en el peronismo cordobés no sólo se expresaron en la discusión sobre las implicancias de la definición del peronismo. También la definición de la línea política de la dirigencia provincial permite observar la tensión generada por las medidas del gobierno nacional. Ello es posible de observar en la única definición formal que el sector

¹¹ La emergencia del menemismo, distinguiéndose de la Renovación a la que había ayudado a formar, se había caracterizado, en parte, por el contacto inmediato de Menem con los dirigentes barriales, y con las ‘bases peronistas’. S. Barros remarca la enorme campaña que había llevado adelante para las internas de 1988 y para las generales de 1989 (2002: 133). Ese contacto directo, ese caminar los barrios, otorgaba una legitimidad al dirigente peronista que respondía a la tradición peronista donde la representación se reforzaba en la igualdad entre las bases y el político. Menem resolvía problemas en la gestión conociéndolos de primera mano. Así mismo, el candidato a presidente en 1988 criticaba a los renovadores por ser “peronistas de saco y corbata”, que practicaban un “sectarismo ilustrado”. Se observaba allí una estetización del pueblo peronista, inculto y práctico, que Menem venía a representar. Los sectores menemistas de Córdoba retomaban estos significantes en la disputa interna.



liderado por DLS asume en el período, una reunión partidaria en la localidad de Huerta Grande. Allí sostiene que el PJ debe

... encontrar nuevas fórmulas... que recupere su audacia... [y] sea capaz de abrir su pensamiento a todas las ideas... hoy les pido que debemos apoyar a nuestro gobierno desde la racionalidad, desde el momento histórico que vive el mundo, pero sin olvidar los principios que están en el alma del peronismo... no construyamos un peronismo de obediencia debida... apoyemos a Menem desde el análisis de los políticos del mundo y no desde la tontera del verticalismo obsecuente... apoyar a Menem es trabajar en el propio territorio, es revalidar los títulos como ustedes lo han venido haciendo... (LV, 20.05.90, p. 6 A).

En un momento de transformación se pone de manifiesto el carácter abierto y conflictivo de una identidad política. La dirigencia del peronismo cordobés se enmarcaba en el apoyo a la gestión nacional, pero se reservaba un espacio de *libertad*, de *discusión interna*. Si bien era necesario tener en cuenta los cambios ocurridos en el mundo, es decir, la caída de la URSS y por lo tanto del máximo baluarte del “socialismo real”, también era menester recordar los principios del peronismo. El peronismo cordobés exigía así una posibilidad para reinterpretar lo que debía hacerse en esta coyuntura crítica, para elaborar un diagnóstico cuyo contenido permanecía indefinido. La posibilidad del disenso interno, como ya hemos podido observar, se encontraba fundado en la importancia de resguardar la institucionalidad democrática, ubicando en la exterioridad más absoluta la experiencia militar y la capitulación alfonsinista —la obediencia debida era el nombre bajo el que se subsumía la negatividad fundante del compromiso democrático que había encarnado el discurso de Alfonsín y que la renovación cordobesa había rearticulado en su experiencia subnacional—. Ahora bien, los cambios históricos mundiales eran evidentes, y por ello el momento exigía racionalidad, audacia y *apertura a todas las ideas*. La disponibilidad de algunos relatos centrados en la necesidad de una reforma económica y política estructural era el trasfondo desde donde se establecía la postura del peronismo cordobés, aún cuando ese ejercicio de articulación ideológica se mantenía indeterminado. *Ese espacio interno era entonces posibilitado a un mismo tiempo por la defensa democrática, y por la disponibilidad de la articulación con relatos novedosos para la tradición peronista*. La diferencia se marcaba con aquellos dirigentes partidarios que no establecían ningún contraste con el relato menemista, ellos eran acusados de seguidismo, o incluso de *verticalismo obsecuente*, otro



significante claramente articulado al relato ortodoxo, propio del período anterior a la Renovación Peronista.¹²

Esta tensión entre aquellos dirigentes que sostenían un apoyo incondicional al gobierno nacional y aquellos que preferían “apoyo racional” también se expresó cuando el ejecutivo nacional decidió enviar tropas a Kuwait, en el marco de la invasión estadounidense a ese país, con motivo de la anterior invasión iraquí. El sector renovador consideró inconstitucional la medida, lo que motivó serias discusiones en el bloque justicialista de diputados provinciales. Esa distancia entre algunos dirigentes provinciales y la gestión nacional también fue considerada como “respaldo con disenso” (LV, 02.10.90, p. 9 A).

Nuevamente, la clave de la democracia interna servía como trasfondo simbólico para expresar diferencias políticas en medidas específicas del gobierno de Menem, si bien no se planteaba diferencias en las medidas estructurales de reforma del Estado o de apertura económica. En suma, las posiciones internas del peronismo cordobés eran, en sus propios términos, “apoyo racional o seguidismo”.

Ambas opciones estaban profundamente atravesadas por la discusión sobre lo que debía ser un partido político en el contexto de una democracia institucional, es decir, por el debate político sobredeterminado por los valores y problemas del relato democrático. A su vez, el resguardo de cierta racionalidad en el apoyo significaba para los sectores renovadores un margen de maniobra para presentar posturas propias, cuyo sentido no era explicitado en sus manifestaciones más que en el respeto de las instituciones republicanas. Esta discusión sobre el rumbo interno del partido, al mismo tiempo que la disputa por las políticas más apropiadas sin mencionar su naturaleza, sólo se volvió posible en un período en que se entrecruzan la fragmentación interna —es decir, la falta de respuestas claras y unificadas sobre la dirección a seguir en el contexto de crisis que se vivía aún en el año 90— con un

¹² Como otro índice de la hibridización que se observa en la transformación de una identidad política, observamos el modo en que la Renovación al frente del peronismo pretendía disputar esos espacios territoriales, donde se “revalidaban los títulos” de cada uno de los dirigentes partidarios. Nuevamente el alcance del ser peronista se ponía en juego, discutiendo que era “apoyar a Menem”. En el mensaje de Huerta Grande la defensa democrática del espacio partidario interno se vuelve indistinguible del intento de articulación con “todas las ideas”. De esa manera se evitaría el verticalismo obsecuente, otrora culpable de la derrota de 1983, y se establece una frontera interna con los críticos a las medidas estructurales del gobierno nacional.



imaginario cada vez más compartido sobre el tenor de las soluciones necesarias en torno a la reforma y apertura económica.

La propuesta de disenso interno se recostaba así sobre un consenso más profundo. Ese acuerdo excedía los alcances institucionales del partido, y podía observarse en la propuesta provincial del peronismo cordobés. La necesidad de conservar líneas internas en el partido se acompañaba con una propuesta para el gobierno provincial que apuntaba a una unidad negadora de las diferencias en última instancia. De la Sota sostenía que

Quiero llegar al gobierno de la mano de ustedes para realizar una gestión de unidad provincial, para que terminemos con la Córdoba de los enfrentamientos entre patrones y obreros, entre los jóvenes y los viejos, entre los hombres y las mujeres, entre el campo y la industria, entre los civiles y los militares (idem).

Esa unidad, que permitiría “una Córdoba de hermanos”, suponía la licuación de todas las particularidades sociales en un relato armonizador, sin mayores precisiones políticas. Los enfrentamientos más diversos podían subsumirse en una “gestión de unidad provincial”, tanto en cuestiones estructurales, como las referidas a la producción en primer lugar, como en ámbitos institucionales sensibles a nuestra historia reciente como el caso de civiles y militares.¹³

En la mayoría de sus intervenciones públicas, De la Sota evitaba la confrontación política y sostenía la necesidad de unión entre los dirigentes de los diversos partidos. Ello se volvió patente cuando a fines de febrero de 1990, Menem invitó a Angeloz¹⁴ a formar parte de su gabinete. Ante la negativa del gobernador cordobés, DLS consideraba que

el pueblo quiere que los políticos dejemos de estar enfrentados o preocupados por aparecer diferentes... la gente quiere políticos que hablemos menos, discutamos menos y trabajemos más, y el acuerdo entre peronistas, radicales, liberales y la izquierda es una exigencia de la hora (LV, 04.04.90, p. 4 A).

Esta posibilidad de hablar en nombre de la gente, buscando el consenso, y remitiendo la decisión individual a la ‘exigencia de la hora’, le permitía ubicarse en una posición

¹³ También el mensaje de Menem apuntaba a la unidad de todos, reduciendo a categorías sociológicas *nombres* que habían sido alguna vez sujetos políticos privilegiados por el discurso peronista (Barros, 2002: 135). En este caso, sin embargo, consideramos que la oclusión de la subjetividad política se comprende además por la contaminación entre el discurso renovador y el de los economistas liberales, que ya había comenzado en 1987. Así, De la Sota podía defender su propuesta de unidad, de negación del conflicto social, tanto por un diagnóstico considerado objetivo, el de aquellos expertos y técnicos académicos, como por las transformaciones hegemónicas en el peronismo a nivel nacional.

¹⁴ Eduardo Angeloz era en ese momento gobernador de la Provincia de Córdoba por segunda vez consecutiva. Dirigente radical de amplia llegada nacional, había sido el candidato a presidente por la UCR en 1987.



privilegiada como dirigente partidario. Los partidos políticos eran los actores políticos que debían acordar de manera tal de buscar una salida para una crisis económica que aún no tenía una resolución definitiva. La ubicación de la solución en la figura institucional de los partidos era parte de la configuración de sentido renovadora, sobredeterminada por el discurso hegemónico de la democracia.

La línea política del PJ cordobés implicaba entonces, a un tiempo, la defensa de la democracia interna en el partido, y la posibilidad de un consenso amplio y profundo en torno a la unidad provincial que ocluyera cualquier posibilidad de conflicto entre sectores de la sociedad. Estos rastros, en primera instancia contradictorios, son propios de un momento de transición entre relatos hegemónicos, entre la renovación democrática y la consolidación neoliberal. El primero hace al respeto por la diferencia formal y el reconocimiento de los partidos como actores esenciales de este proceso, mientras la segunda se refiere a la necesidad de acuerdo absoluto en torno a una serie de medidas políticas y económicas frente a la crítica situación provincial y nacional.

Sin embargo, al mismo tiempo, la figura del ‘consenso’ en torno a una serie de medidas políticas y económicas como una ‘exigencia de la hora’ era parte de un vocabulario disponible en el espacio público local, a través de la consolidación progresiva de una lógica social centrada en la defensa del mercado. Esa disponibilidad se observa de manera paradigmática en el trabajo de difusión de un conjunto de técnicos y economistas cuyos artículos se publicaban de manera periódica en la prensa escrita de mayor tirada en la provincia.¹⁵ En las últimas semanas de octubre de 1990, el planteo de los técnicos apuntaba al trasfondo de la cuestión económica y política, mostrando sistemáticamente *las fallas de la política económica oficial, no en su dirección, sino en su alcance*. En un caso, tiene que ver con la deficitaria situación de las provincias, que no habían emprendido la reforma estatal y registraban un aumento de su empleo público; en el otro caso, se refiere a las medidas de “desregulación, apertura y reforma del Estado”, como “demoradas reformas estructurales” (LV, 28.10.1990, p. 1 E):

La verdad es que en el tema de la apertura siguen ganando por varios cuerpos los lobbies (por ejemplo, la industria automotriz), el consenso para las grandes desregulaciones brilla por su ausencia

¹⁵ En este caso nos referimos a dos economistas del IEERAL (FM), Santiago Montoya y Osvaldo Giordano,¹⁵ que dejan vislumbrar la progresiva hegemonización del relato neoliberal tecnocrático en el espacio público.



(leyes laborales, carta orgánica del Banco Central, mercado del seguro) y la reforma del Estado sigue empantanada (privatizaciones, sistema provisional, provincias y banca provincial)” (LV, 28.10.90, p. 1 E).

En pocas líneas, los investigadores técnicos del IEERAL delineaban la política macroeconómica necesaria para los próximos años, como así también los mecanismos que lo harían posible. Era imprescindible alcanzar un consenso, como así también evitar la influencia de sectores sociales afectados por las medidas. Ahora bien, la pregunta específicamente política por las voces autorizadas para formar parte de ese consenso está ausente. Atravesando este mensaje se encuentra la noción neoliberal sobre la necesidad de que el núcleo de las reformas se concentre en un pequeño núcleo de funcionarios técnicos, economistas en el Ministerio de Finanzas y el Banco Central, de manera tal que los *lobbies* de diverso tipo no se inmiscuyan en el procedimiento, asumiendo así que tales técnicos pueden encarnar una racionalidad estatal diferente y despegada de los intereses de los diversos sectores sociales, o bien que pueden portar la voz de un consenso inefable sobre la necesidad de las reformas, necesidad que ellos mismos propagaban en el escenario público.¹⁶

De esta manera, la enunciación de De la Sota planteaba un mensaje sobre la necesidad de un acuerdo entre una multiplicidad de representantes partidarios, como contexto en que se desarrollasen reformas diseñadas técnicamente por un grupo limitado de especialistas. Los partidos políticos como artífices de la persistencia democrática se complementaban así con los técnicos dueños de un *saber hacer* de la gestión política que garantizara la estabilidad económica en un futuro cercano. En ambos casos, la armonía de las voces autorizadas para conocer las causas de la crisis y las soluciones a implementar, ubican el conflicto social en el lugar de lo estrictamente indeseado. La propuesta de consenso en palabras de De la Sota, necesita del trabajo técnico de los economistas, como el planteo de éstos últimos precisa de un acuerdo entre representantes políticos cuyos límites se desdibujan en colectivos amorfos, tales como “la gente”.

De esta manera, la consolidación de un discurso se vuelve visible en múltiples instancias de contacto entre distintos actores sociales y políticos. En el caso del peronismo cordobés, la

¹⁶ Para una caracterización en este sentido del relato de los economistas de derecha, véase Morresi, Sergio, *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008.



fragmentación partidaria no impidió la constitución de un horizonte cada vez más claro en torno a un cierto diagnóstico sobre la crítica situación argentina y las medidas a implementarse. Allí, *la defensa de la figura del partido abierto a la pluralidad de la discusión se acompañaba con un silencio sobre lo que implicaba la “exigencia de la hora” frente a la cual la única respuesta racional era el consenso.*

Articulaciones en torno al mercado

Como hemos mencionado, las tensiones entre la gestión nacional y la dirección renovadora provincial acentuaron la fragmentación de las líneas internas que pretendían la jefatura del PJ provincial, lo que se reforzaba por el lugar de oposición que ocupaba en el sistema político cordobés. A fines de febrero de 1990, De la Sota fue nombrado embajador en Brasil, cargo que ostentó hasta mediados de 1993. La lejanía de De la Sota de su papel en la interna partidaria con el menemismo dio lugar a otros dirigentes para cuestionar a la renovación cordobesa.

La disputa por la representatividad de los distintos dirigentes locales abre una multiplicidad de puntos de contacto en que se verifica la articulación política de ciertas posiciones de sujeto, sobredeterminadas por la consolidación hegemónica del neoliberalismo. Esto puede observarse en la interpretación sobre el gobierno de Perón de uno de los referentes opositores a la dirigencia provincial, Julio César Aráoz —funcionario de la gestión nacional en varias agencias del Estado al frente de diversos procesos de privatización—. Su lectura sobre los primeros dos gobiernos peronistas era que estos habían establecido una serie de medidas estatistas debido al clima de época que se vivía a mediados de siglo.

Los años de la posguerra vieron crecer como nunca antes las funciones del Estado en los asuntos económicos... [que] se justificó históricamente por el fracaso del mercado a la hora de garantizar ciertos objetivos económicos y sociales (LV, 19.04.90, p. 8 A).

El Estado, ya en aquella época, sólo había acrecentado sus funciones por los fracasos del mercado. Si bien el peronismo había sido partícipe de ese proceso, “ese programa no puede ni debe ser confundido con su esqueleto filosófico” (ídem). El rechazo de “muchos sectores” a esa presencia *excesiva* del Estado no era sólo ideológico, sino que existían *evidencias* sobre la incapacidad de las economías con creciente presencia estatal para poder adaptarse a los cambios mundiales. Aráoz entendía al mercado como el asignador natural



de recursos en la sociedad, pero los eventuales fracasos a mediados de los cuarenta habían justificado la intervención estatal que promovió el primer gobierno de Perón. Sin embargo, no se debía confundir esta coincidencia con la ideología peronista como una esencia inmutable.

La enunciación de Áraoz, enmarcada claramente en la línea interpretativa del menemismo a nivel nacional, adquiriría sentido transformando progresivamente la dimensión tradicional del peronismo, para defender así una política de desestatización. Ella tenía como objetivos “la promoción de la eficiencia económica y social y... la reducción del déficit fiscal en un marco de desregulación y apertura” (LV, 19.04.90, p. 8 A). Tanto el diagnóstico como las medidas necesarias para solucionar esta situación problemática eran compartidas por “la inmensa mayoría de la opinión pública y por casi todas las expresiones políticas del arco constitucional” (ídem). Así el menemismo venía a condensar una multiplicidad de sentidos sobre los problemas del pueblo argentino y su necesaria solución, para cuya concreción no habría condicionantes ideológicos. Un índice de ello es el Programa de Propiedad Participada, en que los trabajadores de las empresas privatizadas mantienen parte de ellas a través de la compra de acciones. Esta medida es poco ortodoxa, pero posee una serie de beneficios prácticos muy importantes, que justifican ampliamente la medida. De esta manera, *la practicidad —al parecer no ideológica— legitima a un exponente del peronismo que pretende, por sobre todas las cosas, solucionar los problemas —diagnosticados por él— de un pueblo que él mismo define*. Como ya hemos visto con anterioridad, en esa operación ideológica central radica el giro identitario del peronismo en su variante menemista.

El peronismo fue siempre inédito... Perón, como pragmático que era, haría exactamente lo que está haciendo Menem, quien comprendió cabalmente que hoy la crisis se soluciona con crecimiento... [lo que debe lograrse con] todos los elementos que se tengan a mano (LV, 22.04.90, p. 7 A).

Este pragmatismo le permitía a Áraoz introducir una frontera interna con la renovación que “sólo fue capaz de advertir la necesidad de modificar la estructura del partido, pero no vio los cambios en el mundo” (ídem). En las palabras de Aráoz se encontraban, punto por punto, las validaciones políticas del ‘giro menemista’: *pragmatismo* que desconocía cualquier tradición peronista esencial escondiendo la dimensión ideológica de las reformas



propuestas, y al mismo tiempo la *adaptabilidad* del peronismo a los cambios que superan al actor político, que sólo puede acomodar sus lineamientos a lo que dicta el proceso global.

En un sentido similar al sostenido por Alarcia, Aráoz justificaba las medidas políticas del gobierno nacional, considerándolas peronistas sin más contenido que la inscripción partidaria y tradicional *de aquellos que solucionaban los problemas populares*. El menemismo transformó la dinámica identitaria del peronismo ya que lo despojó de su tradicional contenido estatista y redistribuidor, reduciendo su caracterización a la de un actor político que solucionaba los problemas del pueblo argentino sin consideración de las medidas necesarias. En el mismo sentido, el desarrollo de reformas estructurales, dolorosas y profundas eran imprescindibles para la *estabilidad del país*, como también para la defensa del sistema institucional democrático argentino. El peronismo es en última instancia el actor político que soluciona problemas, y lo hace manteniéndose él mismo indefinido, ya que define asimismo los problemas que soluciona. *Esta retroactividad en que subyace la efectividad del proceso de nominación e identificación sólo es posible por el carácter esencialmente abierto de esa identidad*.

La sobredeterminación discursiva de una cadena hegemónica se observa en la repetición válida y creíble de una serie de argumentos donde ciertas nociones asumen sentidos definidos y reconocibles a lo largo del tiempo, como fue el caso del ‘pragmatismo’ y la ‘adaptación a los tiempos’ entre fines de los 80 y comienzos de los 90. Si bien nuestro interés es el análisis del peronismo cordobés, no es posible entender las transformaciones identitarias de este actor político si no observamos el contexto más amplio de la discursividad social que ofrece sus condiciones de posibilidad. Un artículo de C. A. Soggi, de la Fundación Acción para la Iniciativa Privada, publicado en La Voz del Interior, consideraba que:

Hecha la aclaración de que no existe un sistema perfecto en la práctica que asegure el bienestar para todos, es indudable que el pragmatismo a ultranza del sistema norteamericano le ha posibilitado sobresalir en el campo cultural, científico y económico... en su pragmatismo no vacilaron integrar a su sociedad a todos los hombres y mujeres... (LV, 22.04.90, p. 10 A).

Ese pragmatismo se acompaña, en el caso estadounidense que el autor defiende, con la igualdad de oportunidades que permitiría a los menos aventajados a alcanzar el éxito, y a los mejor ubicados a exigirse a sí mismos para asegurarse ante la competencia. Esa



igualdad de oportunidades viene acompañada por la libertad de los individuos para dar cabida a su iniciativa como privados. Ahora bien,

... esas condiciones no se han dado en nuestro país por una injerencia nefasta del Estado en la planificación a priori de la economía, y por la regulación y control de casi todas las actividades que desarrolla una sociedad supuestamente organizada... (ídem).

Tanto el pragmatismo norteamericano como el peronista es el que permite el éxito. El primero fue el que permitió el crecimiento de los EEUU, mientras que el segundo permitió la continuidad de un movimiento político que soluciona problemas. La progresiva efectividad de la sobredeterminación neoliberal vuelve difusa la clausura hegemónica que realizan, tanto Aráoz como Socci, al defender el *pragmatismo, como una actitud exenta de decisión política que se justifica a sí misma por los resultados que produce*. La gestión aséptica y técnica sirve aquí como trasfondo lógico de esta articulación significativa. Es clara la superficie discursiva en que se vuelve posible la articulación entre dos posiciones de sujeto, dando lugar a un nuevo discurso hegemónico. Significantes como *pragmatismo* permiten dar cuenta de ese desplazamiento siempre parcial y sobredeterminado.

Existían otros actores político – partidarios que cumplían un importante papel en la disponibilidad de estos significantes en este contexto histórico, más específicamente sobre el rol que juega el Estado en la crisis social. En el caso cordobés, uno de los actores que con mayor firmeza conjugó en el vocabulario público una constelación de sentidos sobredeterminada por la centralidad del mercado, el interés individual y la desregulación estatal, fue la Unión de Centro Democrática, Ucedé, cuyo portavoz durante el período fue Germán Kammerath.¹⁷ En mayo de 1990, en un artículo de opinión del diario La Voz del Interior, este dirigente partidario de la Ucedé argumentaba a favor de una desregulación del transporte de granos en la Provincia, una problemática que ya había sido mencionada por

¹⁷ No existen esfuerzos históricos por analizar las trayectorias políticas de los partidos políticos de derecha en la provincia de Córdoba, por lo que no se conocen los procesos de construcción política de estos actores que hacia fines de los 90 se articularán con el peronismo en la definición de Unión por Córdoba. Por su parte, sí se ha caracterizado a la derecha argentina, a nivel nacional, y generalmente desde las fundaciones y demás organizaciones que funcionaron como propaladores de los valores y principios del liberalismo (Cf. Morresi, 2008).



economistas de la Fundación Mediterránea meses antes, durante la discusión de la reforma estatal provincial.¹⁸

La situación de los transportistas de granos en la Provincia de Córdoba, en la interpretación de Kammerath, se encontraba atravesada por la discusión sobre la presencia del Estado en en dos planos: la alta carga impositiva sobre el sector, y las pérdidas de dinero por la ineficiencia que introdujera la regulación estatal de dicha actividad.

La riqueza que producen nuestros productores en las distintas zonas de Córdoba, en medio de condiciones económicas inestables, política cambiaria errática, retenciones que suben y bajan varias veces por año... insumos encarecidos, etc., necesita, obviamente transportarse para continuar el ciclo económico hasta los lugares de acopio o puertos para su exportación.

Esta última descripción... ha sido complicada, por obra de las ideas estatistas reguladoras y dirigistas que gobernaron por cuarenta años la sociedad argentina, convirtiendo a los productores de Córdoba y a los acopiadores en verdaderos “ciudadanos de segunda” atrapados por la telaraña legal que los posiciona en desigualdad de condiciones frente a quienes deben transportar la riqueza en nuestra provincia (LV, 30.05.90; p. 8 A).

La presencia del Estado era nociva para la actividad productiva en todas sus etapas, a partir de la excesiva y cambiante carga impositiva, como también de la falta de condiciones mínimas de estabilidad financiera. Ello se prolonga al transporte de “la riqueza” donde la intervención implica la introducción de una diferencia entre los ciudadanos – productores, quienes eran así considerados “de segunda”. Ahora bien, todos estos inconvenientes se relacionaban con el acceso diferencial de ciertos actores sociales en la toma de decisiones públicas del gobierno provincial. La distorsión que genera la influencia de ciertos sectores sociales en el momento de definición de las políticas públicas constituía una crítica típica de la tradición liberal que traía aparejada ineficiencia en el proceso productivo, la que se veía acentuada por la presencia innecesaria del Estado (LV, 30.05.90, p. 8 A).¹⁹

Otro de los casos que mayor incidencia pública tenía en el escenario político cordobés se relacionaba con la energía, es decir, con el futuro de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (EPEC). En agosto de 1990, los diputados liberales defendieron una propuesta de privatización de EPEC, alegando su ineficiencia, los altos costos para los sectores productivos, y los antecedentes nacionales de reforma estatal. El proyecto suponía la transformación de la empresa en una sociedad anónima, que incorporara capitales privados

¹⁸ “Adhesión de Córdoba a la emergencia económica”, por R. Conejero y D. Efkhanian, en La Voz del Interior, 08.10.89, p. 11 A.

¹⁹ Es importante recalcar que para este artículo, Germán Kammerath utilizó datos que provienen de estudios del Programa de Asistencia Legislativa de la Fundación Mediterránea.



mayoritariamente nacionales, en un mínimo de 51 %. Además de dejar hasta un 35 % en manos del Estado provincial, con derecho a participar del directorio de la empresa, la propuesta de la Ucedé daba lugar a la adquisición de acciones por parte del personal (LV, 12.08.90, p. 2 E). A su vez, el Estado provincial asumía la tarea de policía de las condiciones de las empresas generadoras y distribuidoras de energía, creando una secretaría a tal efecto. En resumen, el proyecto era similar a las condiciones de privatización que planteaba el gobierno nacional.

Ya en esta propuesta podemos rastrear huellas de futuros argumentos políticos sobre el mentado “Costo Córdoba”:

La pauta tarifaria industrial de Córdoba en un golpe artero a las posibilidades de mantener la inserción de su producción en los mercados nacionales e internacionales, más allá de que reconozcamos la función social y de fomento que Epec ha desempeñado en amplias zonas de la provincia (LV, ídem).

Además, el diagnóstico que realizaba Kammerath se centraba en la baja productividad laboral, y la falta de compromiso gerencial de las autoridades de EPEC, que motivaba altos costos de la energía. La solución radicaba en la transformación de esa empresa pública en una “*verdadera empresa* [que] brinde más calidad a menor precio” (LV, ídem. Cursivas agregadas). La gestión privada y la competencia traerían de la mano la mejora del servicio, en calidad y precios. El carácter indiscutido de esa premisa suponía la progresiva hegemonización de un discurso. Precisamente, la sobredeterminación neoliberal regulaba los silencios de un argumento, ya que presuponía lo sobreentendido, lo implícito, *lo que iba de suyo*, lo que no necesitaba justificación política ni valorativa, que se desprendía naturalmente del cálculo y la estadística.

De esta manera, diversos actores sociales y políticos del contexto cordobés articulaban sus voces en la consolidación profusa de una lógica social neoliberal. Allí términos como ‘pragmatismo’ y ‘reforma estructural con menor intervención estatal’, eran partícipes de una gramática en construcción. Volviendo a la enunciación de dirigentes peronistas, en este caso cordobeses en la Cancillería dirigida por D. Cavallo, podemos observar cómo se desarrollaba allí esa misma dinámica.

La política exterior del gobierno nacional expresaba la inevitabilidad de la marcha mundial hacia la integración de un capitalismo global luego de la caída de la Unión Soviética. Juan



Schiaretti, un dirigente partidario cordobés casi desconocido, ocupó la oficina de Integración Latinoamericana. Desde esa dependencia, los intentos de integración regional se realizaban así bajo una tónica exclusivamente comercial, con la consigna de competir de manera protagónica en el mercado mundial. El trasfondo simbólico que configura las medidas políticas tomadas se transforma en esta época, ya que la integración se realiza de manera exclusiva en función de un diagnóstico sustentado ideológicamente por la noción de globalización y de un mercado libre mundial.

Esta consolidación de un lenguaje político se comprende como la configuración hegemónica de un horizonte de sentido que sirve como superficie de inscripción de una serie de medidas de gobierno, o bien de propuestas desde la gestión. Es posible observar esto en los dichos de A. Mosquera, funcionario cordobés en la Cancillería, quien planteaba que

la reforma del Estado, la liberalización de los mercados, la eficiencia económica y la modernización son, junto a la democracia, las claves para las integraciones regionales y para la inserción en el mundo actual (LV, 21.10.90, p. 2 E).²⁰

En esta enumeración podemos observar un desplazamiento significativo entre discursos hegemónicos, ya que aquí la democracia ya no revestía el carácter de presupuesto fundamental, incondicionado, de la integración regional. Ella estaba articulada con otros requisitos, puestos ahora en un primer lugar lógico, como la reforma del Estado y la apertura del comercio exterior. Es un programa de transformación económica el que permite a los países latinoamericanos estar inmersos en procesos de integración de mercados, y la democracia se inserta en este concierto de procesos supranacionales, ya cargada de un sentido específico.

Algunas notas para concluir

Los primeros años del gobierno nacional de Menem generaron efectos políticos dentro del peronismo cordobés. La dirigencia partidaria se pronunció en tono prudente, limitada por la institucionalidad cargada del sentido de 'unidad'. Sin embargo, la posibilidad de encontrar espacios de diferencia, de discusión interna, seguía planteando una reivindicación de la

²⁰ En ese mismo sentido, descontaba la implementación de la Iniciativa para las Américas, un proyecto del gobierno estadounidense de Bush para la integración económica regional.



democracia como valor central. Pero este período de desplazamientos hegemónicos profundos permite comprender cómo la discusión interna era el reverso de una propuesta política en torno al consenso armónico sobre la necesidad de reformas estatales y económicas estructurales. En ello, ya nos resulta posible encontrar líneas de articulación entre el peronismo y ciertos sectores liberales, tanto políticos como la Ucedé, y académicos y empresariales como la Fundación Mediterránea.

Esta consolidación de un actor político en clave hegemónica neoliberal no supone desconocer matices identitarios varios. De allí que también existiesen posiciones internas que disputaban la capacidad de representación institucional de la renovación cordobesa, como Aráoz o Alarcía. Sus nociones de *pragmatismo*, *solución de problemas particulares* o de *reforma del Estado* implicaba un esfuerzo por adaptar el peronismo al contexto, habilitando una articulación con significantes disponibles en el espacio público local de gran importancia. Estas líneas internas distintas se volvían palpables en la discusión partidaria, como pudimos observar en el caso de la defensa de Maqueda y Blanco, diputados provinciales, ante la fuerte crítica de “los 8 diputados” a la gestión nacional.

La fragmentación partidaria en el PJ de Córdoba constituyó un abanico de posiciones internas en que es posible observar los efectos políticos de la cada vez mayor efectividad con que un discurso se vuelve hegemónico. Antes que una ruptura radical, lo que observamos aquí es, en última instancia, la lenta y progresiva constitución de una lógica social neoliberal que generó desplazamientos en el modo en que se semantizaba la sociedad, la política y la economía y que servirá como trasfondo simbólico para futuras transformaciones del peronismo cordobés.

Bibliografía

- AA. VV. (1995). *Peronismo y menemismo. Los avatares del populismo argentino*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Homo Sapiens, Buenos Aires.
- Aboy Carlés, Gerardo (2010): “Apuntes sobre la relación entre populismo e instituciones” en *Actas del II Encuentro de Equipos de Investigación en Teoría Política*, CIECS, Conicet, Córdoba.



- Altamirano, Carlos, ““La lucha por la idea”: el proyecto de la renovación peronista”, en *La historia reciente. Argentina en democracia*, Marcos Novaro y Vicente Palermo (comps.), Edhasa, Bs As, 2004.
- Barros, Sebastián (2002): *Orden, democracia y estabilidad*, Alción, Córdoba.
- Glynos, Jason y Howarth, David (2003) *Logics of critical explanation*: Routledge, Inglaterra.
- Laclau, Ernesto (2006). *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Levitsky, Steven (2005). *La transformación del peronismo. De partido sindical a partido clientelar, 1983 – 1999*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Morresi, Sergio (2008). *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.
- Panizza, Francisco (2002), “Discurso e instituciones en la reforma de la Administración Pública uruguaya”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 13/2002 – ICP – Montevideo.
- Panizza, Francisco, “A reform without losers: the symbolic economy of civil service reform in Uruguay, 1995 – 96”, en *Revista Latin American Politics and Society*, vol. 46, N° 3 (Otoño de 2004)
- Reynares, Juan Manuel (2012). *La identidad política de la renovación. El peronismo cordobés en la transición democrática*, EDUVIM, Villa María.

Fuentes

La Voz del Interior